

LA CRÓNICA

De cena con el Che

ISABEL OLESTI

Tengo bastante aversión a todo lo que sean mitos, pero la tarde que sonó el teléfono y me propusieron cenar en privado con Ernesto Che Guevara dije enseguida que sí. En realidad no era el Che que conocemos, sino el de antes de convertirse en comandante, el que se llamaba simplemente Ernesto, que para mí tenía mucho más tomate. Ustedes me dirán que al Che lo mató la CIA en 1967, pero yo, exactamente, cené con el fantasma del Che, sentado al lado de su íntimo amigo Alberto Granado, protagonista del documental recientemente estrenado: *De viaje con el Che Guevara*, de Gianni Minà. El documental muestra el mismo recorrido que en 1952, y durante siete meses, hicieron los dos amigos, un viaje iniciático, un sueño que transformó a Ernesto hasta llegar a ser uno de los personajes más mitificados de la historia de la humanidad.

Alberto y Ernesto se conocieron de niños en Córdoba (Argentina), aunque el Che era de Rosario. Sus padres eran amigos y el Che estudiaba con un hermano de Alberto. El futuro comandante era testarudo y un gran lector. Enseguida congeniaron: Alberto se convirtió en su protector, le enseñó a bailar y a jugar al rugby, a pesar del asma que padecía Ernesto. Pero el sueño de Alberto era hacer un gran viaje, lanzarse a la aventura sin nada más que una motocicleta. Se lo propuso a su amigo y enseguida dijo que sí. Alberto tenía 29 años y se había licenciado en bioquímica y farmacia; el Che tenía 23 y estudiaba medicina. Dejaron a sus novias y se montaron en una Norton 500 del año 1939. No llevaban ni un peso en el bolsillo, pero eso les tenía sin cuidado porque pensaban trabajar a salto de mata.

Recorrieron el desierto de Atacama, el Amazonas, el Machu Picchu, los Andes... Alberto conducía y Ernesto se agarraba a su espalda. Trabajaron de transportistas, algunas veces en hospitales, y lavaron centenares de platos en restaurantes. En Perú estuvieron un mes trabajando en una leprosería, comían con los enfermos, convencidos de que no se contagiarían. Y tuvieron razón. Cuando se fueron los enfermos lloraban de emoción. En Chile se les rompió la moto, Alberto lloró de desconsuelo, pero no se echaron atrás y continuaron en autoestop, incluso en

balsa. En Valparaíso subieron de polizontes en un barco hasta Antofagasta. "Nos escondimos en el vater y vimos de todo, hasta que, ya en alta mar, nos presentamos al capitán. A mí me metieron a pelar cebollas y a Ernesto a limpiar baños", cuenta Alberto divertido.

El Che empezó su conciencia política viendo la explotación de los mineros de Antofagasta. Vivieron las injusticias y las miserias de los pueblos por donde pasaban. Ernesto lo compartía todo, menos las mujeres, que le encantaban. Hasta que él fue a Venezuela con un avión que transportaba caballos; pero se prometieron verse pronto. Alberto se quedó en Caracas, se colocó en la universidad y trabajó como profesor e investigador en una vacuna para la lepra. Ernesto emprendería otro viaje por Bolivia y Guatemala. Un día le escribió diciendo que había conocido a unos jóvenes cubanos y que preparaba la revolución. Cuando se reencontraron en Cuba, ocho años más tarde, Ernesto se había convertido en el comandante Che Guevara.

Esta historia me la contó Alberto entre vaso de vino y magret de pato, algo que le supo a gloria, a él y a su mujer, Delia, que siempre le acompaña. Alberto tiene ahora 82 años, vive en Santiago de Cuba y cobra la pensión de jubilado como fundador de la escuela de medicina de Santiago. Su afición continúa siendo los viajes, aunque ya no va en moto, sino en avión. En 1970 publicó el libro *Con el Che por Suramérica*. "Quería desmitificar su figura y demostrar que Ernesto era de carne y hueso, como todos". El director Walter Salles se inspiró en este diario para su película *Diario de motocicleta*, que asesoró Alberto. Ahora él y su mujer viajan por todo el mundo promocionando el documental de Gianni Minà.

"Hemos tenido infinidad de problemas para que tanto la familia del Che como Alberto pudieran cobrar derechos de autor", confiesa Gianni. "Todo por culpa de Estados Unidos". Gianni es una de las pocas personas que han entrevistado a Fidel Castro, y lo considera un amigo. Gianni es, además, el director de la revista *Latinoamérica, e tutti i sud del mondo*, conocida en Italia por toda la izquierda.

Entretanto, seguimos comiendo y bebiendo

Alberto Granado protagoniza el documental 'De viaje con el Che Guevara': un viaje iniciático de 7 meses realizado por los dos amigos en 1952



Alberto Granado, amigo de Ernesto Che Guevara, en Barcelona. / CARMEN SECANELLA

do en este restaurante de paredes desconchadas de diseño y ambiente agradable que se llama Silenus, en la calle del Angel, y que dirige el pintor Andrés Cobo.

"Estamos un poco trastornados de tantas ciudades y a veces confundimos los nombres", comenta Delia. "Pero nos encanta probar cosas nuevas. Tengo el estómago a prueba de bomba", sigue Alberto mientras pide más vino. Delia confiesa su amor por Joan Manuel Serrat, a quien vio en concierto y cenaron juntos en Madrid. "Serrat es

muy querido en Cuba", afirma ella, aún emocionada de tenerlo tan cerca.

Alberto ya estuvo en Barcelona en 1990, invitado por la universidad para dar una conferencia sobre genética molecular. Confiesa su amor por los vinos españoles y me pregunta cuál es el mejor. Algo, le respondo, imposible de contestar. Los padres de Alberto eran extremeños y su abuelo cantaor. Quizá por eso acaba la cena cantando "¡Asunción, Asunción, echa un poco de vino al porrón!".

Es obvio que el impacto social de los temas de paz en nuestro país ha sufrido un cambio espectacular en los últimos cinco años. Recuerdo que a finales de 1999 participé en una comida en la que se hablaba del pulso social y económico de Cataluña. En un momento del debate, centrado en identificar liderazgos, indiqué que —además de los tradicionales (económico, cultural, etcétera)— había otros posibles y nuevos. Así, gracias al dinamismo de su sociedad civil, Barcelona y Cataluña podían encabezar el impulso de políticas de paz, derechos humanos y solidaridad. No hace falta decir que la propuesta generó elevadas dosis de incredulidad entre los conmensales.

Sin embargo, tras las protestas contra el desfile militar unos meses después y, sobre todo, tras las masivas movilizaciones por la guerra de Irak, la idea de Barcelona y Cataluña como *capitales de paz* pasó a ser asumida como lo más natural por todo el mundo, repitiéndose hasta la saciedad y llegando, incluso, a cansar.

¿Qué pasa con la paz?

JORDI ARMADANS

La posibilidad de ese liderazgo no era extraña por quien conociese el ámbito de las ONG y los temas de paz. Pero sí que pasó a ser evidente hace un año y medio. A raíz de ello, en muchos sectores se han abanderado iniciativas sobre paz. Después de largas travesías en el desierto, al mundo pacifista catalán le han aparecido nuevas compañías y complicidades. A juicio de algunos todo esto es oportunismo y burda utilización. Sin duda, algo de eso hay: algunos de los mismos que se reían del trabajo por la paz hace bien poco tiempo, ahora se han apuntado sin problemas a los discursos de capitalidad de paz. Pero, obviamente, todo ello es también resultado de una creciente sensibilización que ha alcanzado a multitud de ámbitos y sectores sociales y

políticos. De hecho, podemos esperar frutos interesantes. En Cataluña, el desarrollo de la Ley de Fomento de la Paz abre puertas estimulantes. Por otro lado, el inmenso clamor social a favor de la

Nunca había habido en este país tanta adhesión social y tanto apoyo institucional al deseo de paz

paz deberá tener reflejo en el nuevo Estatuto que ahora mismo se elabora.

Pero no todo son buenas noticias. También hay problemas. En primer lugar, el importante eco

conseguido por la paz no es bien visto por todos. Han aparecido con fuerza las críticas al *buenismo* e *ingenuidad* del discurso de paz. Ciertamente, hay que evitar planteamientos faltos de realismo pero, antes que nada, los *antibuenismos* deberían tener presente que la lógica militarista presenta una cartilla de resultados nefasta. La radicalización de esa lógica (más gasto militar, procesos de rearme, guerra preventiva, recorte de libertades, etcétera) aplicada a partir del 11-S en todo el mundo ha generado muchas cosas, pero no precisamente más seguridad, paz y estabilidad.

Segundo problema: toda esa explosión de paz convive con contradicciones evidentes. De todo tipo y desde todos los ámbitos. Sin necesidad de caer en el purismo

absoluto (que demasiadas veces lleva a la crítica fácil pero al inmovilismo total) hay que entender que proclamar grandes palabras mientras se desarrollan pequeños hechos, o incluso hechos que van en la otra dirección, no es la mejor fórmula para avanzar.

En el ámbito social deberíamos darnos cuenta de que, entre otros muchos posibles ejemplos, pese a oponernos masivamente a una guerra que tuvo en el control del petróleo uno de sus elementos determinantes, las ventas de coches se incrementan día tras día. Detestamos la guerra de Irak, pero profundizamos en un modelo social, económico y de consumo que está detrás de ésta y de muchas otras guerras.

En el aspecto político, hay muchos datos para la alarma. Apuntemos sólo algunos. Pese al discurso antigüerra del nuevo Gobierno español, los Presupuestos Generales del Estado reflejan un incremento del gasto militar y una persistente militarización de la investigación científica, aquejada de por sí de

El 'factor Madrid'

JOAN B. CULLA I CLARÀ

En los análisis sobre las elecciones presidenciales norteamericanas —las últimas, o cualquiera de las anteriores— resulta clásica la discusión acerca de si el factor decisivo ha sido la política exterior o, por el contrario, las cuestiones internas; y lo segundo suele ser más cierto que lo primero en casi todos los casos. Por el contrario, y si me permiten forzar la analogía, tengo la impresión de que en las grandes encrucijadas de la política catalana reciente, el elemento determinante ha procedido de fuera, ha sido —para utilizar la sinécdoque habitual— el *factor Madrid*.

Ciertamente, sus 23 años largos de gobierno en la Generalitat supusieron para Convergència i Unió (CiU) un desgaste, una erosión, una fatiga de materiales. Pero, pese a las descripciones apocalípticas que algunos de sus adversarios venían haciendo desde 1984, no parece que fuera la gestión de los asuntos internos (la sanidad, la educación, la cultura, el medio ambiente, etcétera) la que arrastró a la coalición nacionalista a perder el poder, hace ahora 11 meses. En todos estos ámbitos CiU cometió errores, mostró carencias e infirió agravios —para no rebuscar, recuérdese el apoyo al Plan Hidrológico Nacional (PHN)—, pero ninguno de ellos en particular ni todos en su conjunto provocaron un descalabro en las urnas que hundiese a los convergentes en la sima de la oposición.

Si el resultado electoral catalán de noviembre de 2003 hubiera vehiculado un juicio condenatorio sobre la gestión interna de CiU, entonces el gran ganador debió ser el Partit dels Socialistes, que había sido el crítico más implacable de aquella gestión, que la fiscalizó con un *shadow cabinet* y le contrapuso proliferas alternativas. Pero no fue así porque aquella votación juzgó sobre todo la *política exterior* del último Pujol, es decir, su política española del periodo 1999-2003. Lo que redujo el caudal de votos a Artur Mas y, simétricamente, hinchó las velas de Esquerra Republicana (ERC) —haciendo posible con ello una mayoría parlamentaria alternativa— fue la imagen de debilidad, supeditación e impotencia que CiU había dado en su relación con el ensobrecido PP de Aznar desde el año 2000. Si los herederos de Pujol dejaron de regir la Generalitat no fue a causa de la saturación en las escuelas o los hospitales, de las deslocalizaciones industriales, del pleito por el túnel de Bracons, ni siquiera del PHN.

Fue porque, en el estructural eje de tensión Cataluña-España, habían parecido blandos, flojos o pusilánimes a la hora de hacerse respetar. De ahí el trasvase de votos a ERC.

Bien, pues tras haber sido el circunstancial y feliz beneficiario de ese *factor Madrid*, Pasqual Maragall corre ahora el riesgo de convertirse en su próxima víctima. Casi un año después del cambio de Gobierno, la gestión de éste muestra nuevos acentos, prioridades distintas, aires más frescos... y algún alarmante agujero negro; pero, en conjunto, no creo que

tado *talante*, a la temprana crisis del celebrado "espíritu de Santillana del Mar". ¿Sintomas? Tan enfrentados en todo lo demás, el PSOE y el PP se muestran unánimes a la hora de ratificar un Pacto Antiterrorista cargado de prejuicios criminalizadores y excluyentes contra el nacionalismo democrático. Al mismo tiempo, el presidente del Gobierno rechaza con inusual contundencia la hipótesis de un enfrentamiento deportivo entre España y Cataluña, y sus ministros formulan un veto tan rotundo como prematuro a que el nuevo

Estatuto catalán establezca el derecho de autodeterminación. Matando dos pájaros de un tiro, la reforma del reglamento del Congreso mantiene el catalán fuera de la Cámara baja y, a la vez, impide al PSC tener grupo parlamentario propio. Y lo más inquietante: el desarrollo del comité federal socialista del pasado sábado, cargado de hostilidad y desdenes hacia las tesis maragallianas; "las diferencias o no entre el catalán y el valenciano son una anécdota" (José Blanco), "el modelo de Estado ya está cerrado (...). Si alguien tiene un problema con el hockey, pues que se arregle..." (Rafael Simancas).

Para el actual presidente de la Generalitat, el viejo panorama que todos estos síntomas vuelven a dibujar resulta especialmente peligroso, más de lo que lo fuera para su predecesor. Por un lado, porque Maragall se ha autoerigido en la bisagra viviente entre el catalanismo y la España plural, y ello pone sobre sus hombros cualquier sobrecarga que se produzca en esa articulación. Además, y a diferencia de Pujol, en caso de crisis grave Pasqual Maragall no tiene segura su retaguardia. Es notorio —se vio a raíz de las dos versiones de la Constitución europea— que grandes sectores del PSC sienten horror a los conflictos con el PSOE y con La Moncloa. Tanto horror, que buscan la forma definitiva de evitarlos, y algún alto dirigente ya cree haberla encontrado: se trataría de arrumbar con tanto discurso identitario y tanta zarandaja simbólica, de interpretar la realidad bajo ópticas "no identitarias" y de hacer política desde un "mensaje anacional".

Es verdad: para evitar encontronazos con el *factor Madrid*, lo más sencillo sería interiorizarlo, y convertirnos en "anacionales" como los de la Corte, con su bandera, su Hispanidad y su cabra de la Legión.

Joan B. Culla i Clarà es historiador.



PACO MINUESA

los ciudadanos hayan percibido grandes novedades ni deben esperarlas mientras no mejore de veras el sistema de financiación. En cambio, las peores borrascas que han zarandeado al tripartito proceden todas del frente exterior, del eje Cataluña-España. Y no me refiero ya a las feroces campañas orquestadas por el PP durante el primer trimestre de 2004, sino a los chirridos cada vez más agudos que dicho eje emite últimamente, ya bajo el afable mandato de José Luis Rodríguez Zapatero.

Para resumir, se diría que, en materia territorial-simbólico-identitaria, en lo referente a la cultura política de la pluralidad, estamos asistiendo al rápido agotamiento del repu-

OPINIÓN DEL LECTOR

Los textos destinados a esta sección no deben exceder de 20 líneas mecanografiadas. En ellos deben figurar la firma, el domicilio, el teléfono y el número de DNI o pasaporte de los autores. EL PAÍS se reserva el derecho de publicarlos, así como de resumirlos o extraerlos. No se devolverán los originales ni se facilitará información postal o telefónica sobre ellos. Correo electrónico: opinion@elpais.es

La foto de Miravet

Miravet, un pueblo encantador en la Ribera d'Ebre, símbolo de la revolución social ocurrida en los cuatro últimos años en las tierras del Ebro.

Hay se reúnen en Miravet los líderes de los partidos políticos catalanes para acordar las bases del nuevo Estatut. Bajar de Barcelona hasta Miravet, supuestamente, simboliza el gran cambio y a partir de ahora se tendrán en cuenta las comarcas del sur y sus reivindicaciones. Será una foto bonita: la del Estatut de Miravet. ¿Pero se quedará en simplemente una foto porque el cambio no llegó y tuvimos *más de lo mismo*? El modelo de política continúa siendo el que era y las promesas electorales se están olvidando: parques eólicos, plantas de energía térmica, ojos cerrados ante la contaminación del río por no *alarmar* y el macrovertedero de Tivissa a punto de recibir los sueños de los votantes de las tierras del Ebro.—
Brian Cutts, Tortosa.

Obispos y memoria

Eso de que todos los obispos de este país, menos los de Euzkadi y Cataluña, se pongan de acuerdo en algo y pidan firmas contra el laicismo, me recuerda algo que ya sucedió por el año 36. Si no tenemos memoria histórica, estamos condenados a repetirla.—
Álex Chavarría Miguel, Barcelona.

una grave precarización. En Cataluña, emerge una clara voluntad de situar la aeronáutica como elemento estratégico de desarrollo económico e industrial. Nada hay que objetar al respecto, pero sí alertar que la aeronáutica tiene dos vertientes: la civil y la militar. Así, realidades como Barcelona Aeronáutica o proyectos como el Parque Aeronáutico de Cataluña en Viladecans, el ofrecimiento de Cataluña como posible sede de una fábrica de helicópteros del complejo EADS-CASA, etcétera, siembran un panorama inquietante. De un país que no tenía casi participación en la industria militar podríamos pasar a un escenario muy diferente. Es obvio que si de verdad queremos oponernos a las guerras, habrá que trabajar para evitarlas, no construir artilugios que las alimenten o preparen.

Ciertamente, la victoria de George W. Bush puede incrementar esta tensión entre discurso oficial de paz y prácticas contrarias. El resultado electoral, con lo que supone de legitimación de la deri-

va militarista, impacta en los gobiernos que han intentado salirse del guión. Algo así como que se terminó el recreo. Así, además, parecen quererlo multitud de opinadores que prácticamente reclaman al Gobierno español que pida perdón a Bush por haber retirado las tropas de Irak y haber hecho caso, en este asunto, del sentimiento ciudadano.

Sin embargo, sería una lástima que eso fuera así. Nunca había habido en este país tanta adhesión social y tanto apoyo institucional —por incoherente o interesado que sea— al deseo de paz. El reto, pues, está en profundizar en esa inquietud con medidas viables que generen cambios significativos hacia la construcción de la paz. Hacer lo contrario quizá sea más fácil, pero a buen seguro que no va a suponer alterar la lógica de guerra, injusticia y desprecio a los derechos humanos que caracterizan hoy a nuestro mundo.

Jordi Armadans es director de la Fundació per la Pau.

EL ROTO

